



EL PAISAJE COMO CONSTRUCTO CULTURAL

Rafael Narbona Calvo

Haro, julio de 2010

1. Introducción

Es para mí un enorme placer haber sido invitado a este curso para hablar del paisaje como constructo cultural. Puede parecer exagerado, incluso pretencioso, pero es un placer inmenso, y por muchos motivos. Hace veinte años, por ejemplo, solía salir muy malparado de los habituales foros intelectuales al definir el paisaje como un hecho estrictamente cultural, sin ninguna relación directa con la naturaleza. Y cuando digo malparado no estoy exagerando. Pero, inasequible al desaliento, siempre lo he entendido así y siempre he defendido lo mismo, entre otras cosas, porque era la única manera de conservar las huellas históricas del territorio, ya fueran visibles o no, pues son ellas, en definitiva, las que nos desvelan la verdadera historia de los pueblos (Sin paisanos no hay paisaje). Pero, empecemos por el principio, aunque ya haya adelantado demasiado acerca del final.

El Paisaje es un invento del sentimiento humano. (#01) Un invento relativamente reciente, al que España se incorpora muy tarde y muy mal. Tan tarde, y tan mal, que ahora lamentamos la pérdida de millones de sentimientos porque, desgraciadamente para ellos, estuvieron sometidos a la dictadura del elitismo fauno-botánico. Es curioso, pero hasta el siglo XVIII no existían ni el término “paisaje” ni la palabra “sentimiento”. Ese mundo, el de los sentimientos, que como dice J. A. Marina, es tan *delicioso, equívoco, sofocante e íntimo*.

Otra curiosa coincidencia entre mis sentimientos y mi presencia hoy aquí, es que fueron los viñedos, aunque de otra denominación de origen, los que me alentaron para comenzar esta desigual batalla en defensa del paisaje ignorado y despreciado por los encantadores de serpientes ambientales: el paisaje ordinario. Y fue a principios de los años noventa del siglo pasado cuando, como consecuencia de haber pasado el lustro anterior a las orillas de un río (#02), intentando consensuar la construcción de un complejo de tres presas y dos centrales eléctricas, además de las habituales infraestructuras complementarias (#03), con el entorno protegido en que se iban a instalar, cuando, como decía, fui invitado a una más que curiosa excursión. Políticos, periodistas, ecologistas y yo, fuimos a ver las maravillas de las garganta del río Cabriel (#04), por donde en aquellos tiempos se discutía si debían construir, o no, el paso de la autovía entre Madrid y Valencia (#05).

Así que no tuve más remedio que acudir a la mencionada cita aquella mañana de otoño, y recorrer con aquellas gentes la parte de la garganta que, evidentemente, podían recorrer sin bajar del coche. Sin embargo, lo que a mí más me preocupaba (y que luego constaté que a nadie más importaba) era el paisaje de los viñedos de Requena y Utiel (#06), que se extendían como un mar de fuego en aquel agitado otoño (#07), y por donde iban a incrustar la nueva autovía camino del Cabriel, sin la más mínima consideración, pues, al fin y al cabo, no eran mas que paisajes antropomorfos, esos que por definición son de nulo valor. Y no solo eso, que podría incluso parecer exagerado, sino las previsibles consecuencias inmediatas a toda nueva autovía: otro eje más de destrucción masiva (#08). De esa excursión nació el primer artículo sobre el paisaje ordinario, al que siguieron otros tres, que están a disposición de quien esté interesado en ellos, y en leerlos (#09).



01



02



03

04



05

06



07

08

Esta defensa de un paisaje cultural e íntimo, que abarca la totalidad de los espacios y lugares **vividos**, sean o no dignos de una postal o de un calendario, no se basa en ninguna psicopatía antisocial ni en ningún juego teórico-filosófico de aburrido profesional del paisaje, sino que se basó (inicialmente) en la necesaria búsqueda de algún fundamento para las teorías que avalaban la destrucción del 93% de nuestro entorno, mientras se protegía, de manera supuestamente científica, el resto. Evidentemente no la encontré, pero necesitaba argumentos para demostrar su falsedad y, sobre todo, su perversidad. Ahora, incluso me sobra hasta la Naturaleza. Por su intromisión en las valoraciones que se hacen del paisaje y que permiten que los de supuesta naturaleza poco valiosa, sean fácil pasto de la destrucción. ¿De verdad alguien puede pensar que un dibujo mío, realizado sobre la más fina y exquisita de las sedas orientales, vale más, por su soporte de lujo, que un dibujo de Picasso realizado en un trozo de papel higiénico? (#10: Matorral degradado sin interés paisajístico) (#11: Paisaje ordinario, banal y vulgar) Definamos de una vez el paisaje:

09
10

11

2. El Paisaje

El Paisaje es una de esas cosas que, por mucho empeño que pongamos, nunca podremos definir. No pertenece al mundo real, al mundo de los objetos y de los fenómenos; al mundo físico. Cualquier intento de sistematizarlo lo aleja más de nosotros. Es, como diría el poeta, lo que tiene de invisible lo visible. Sin embargo, dentro del amplio y vasto conjunto de las cosas que no son cosas, de esas que pueden hacer correr ríos y ríos de tinta sin más consecuencias que la aparición de más ríos de tinta, es de esas en las que la idea que de ella se tenga puede, además de generar más ríos de tinta, afectar a nuestra vida más íntima. Somos, en buena medida, consecuencia de lo que nos rodea y, así como nosotros tratemos nuestro entorno, así será nuestra vida. (#12) ... *y si no la salvo a ella, no me salvo yo.*

La búsqueda de métodos objetivos para convertir en mensurable la irrealidad del paisaje nos lleva, irremediabilmente, a un entorno cada vez más doloroso. Querer hacer de un sentido íntimo un sentido común es una práctica perversa y equivocada. No podemos discretizar el grado ni el valor de los sentimientos, de lo sentido al ver o al oír. No podemos, por ejemplo, decidir ni atribuir más valor a una u otra pieza musical, sobre todo si de lo que se trata es de permitir la destrucción de las menos valoradas. El Tristán puede hacer que a mucha gente se le erice el vello. (A los neopijos les abrumba cada vez que lo programan y les toca acudir al teatro en lugar de al palco del Bernabeu) Pero seguro que hay más gente a la que emocione igual o más un pasodoble interpretado por la banda del pueblo en la plaza mayor durante las fiestas de su patrono. No es valorable el sentimiento, y menos cuando se pretende con esa valoración destruir el origen de tanta nostalgia y de tantas emociones. Pueden verse ríos y ríos de tinta discutiendo acerca de su complejidad, de su ritmo, de su atrevimiento, de su novedad, de su belleza o de su simpleza y ordinareiz. Pero ninguna de esas diatribas puede erigirse jamás en excusa para su destrucción. Y eso es lo que está pasando con muchos de los sentimientos más íntimos de nuestra gente. En base a absurdas catalogaciones, algunos, que jamás tuvieron ni tendrán relación alguna con esos sentimientos, se erigen en jueces supremos de los recuerdos y sentimientos que pueden ser impunemente destruidos en pos, dicen, del progreso, como si durante miles de años no hubiera habido progreso con respeto a los ancestros y a lo que ellos vivieron. Es difícil de explicar, pero muy fácil de entender. Eso sí, por muchas explicaciones que se den, debe experimentarse para un completo entendimiento. Es como un orgasmo, que por mucho que se explique, no hay nada como experimentarlo para captarlo en toda su mismidad. Y, por supuesto, no creo que sea permisible impedirselo a nadie por feo.

Los paisanos hicieron los países, y de pintar países surgió el paisaje, como concepto e, incluso, como palabra. Sin su participación cualquier valoración con intención de decisión inmediata o futura es un homicidio; por imprudencia temeraria, vale, pero homicidio al fin y al cabo. **Ellos son los autores del paisaje** observado desde hace muchos siglos. Hasta podría decirse que **son los propietarios de los derechos de autor** de lo que ahora llamamos paisaje, y que tanto admiramos y queremos conocer. (#13)

Aunque pueda parecer complejo, es imprescindible iniciar el proceso de concienciación ciudadana hacia el respeto y valoración del



12



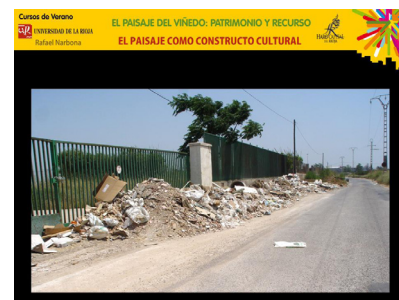
13

paisaje próximo y más degradado. Ese que denominamos paisaje ordinario, y que necesita de una especial manera de entender el Paisaje que aquí nos hemos perdido. Recuperar ese tiempo significa recuperar nuestro Paisaje; es más, se trata de inculcar en la sociedad esa cultura del Paisaje sin la que es imposible conseguir las metas propuestas en esta nueva etapa social, que va mucho más allá de la protección de lugares más o menos valiosos según quién y cómo mire lo que le rodea. Pero si queremos incorporar a nuestra sociedad la cultura del paisaje, deberíamos empezar por inculcar el respeto por todo lo que nos rodea, y no solo por el entorno de los espacios protegidos. Y una de las primeras etapas de este proceso de concienciación para conseguir el respeto hacia todo nuestro entorno es la puesta en valor de todos los Paisajes que nos rodean. Debemos superar la fase de los paisajes buenos y malos, y sustituirla por la de los paisajes sanos y enfermos. O, sencillamente, diferentes, dándole al carácter de cada cual el mismo valor cultural y el mismo grado de preocupación a la hora de gestionarlo. (#14)

El paisaje es, en gran parte, un elemento viviente, es decir, que esta configurado a partir de la suma de experiencias vividas a lo largo de los años, con los sentimientos de permanencia e identidad que eso conlleva. Cualquier actividad, relación social y económica, actual o ancestral, establecida entre diferentes poblaciones de un territorio, o entre un pueblo y un río cercano, el uso de determinadas técnicas y prácticas en la gestión de los cultivos, los nombres de los lugares, la existencia de un dialecto hablado en un pequeño territorio o el reconocimiento especial de determinados paisajes (por su importancia durante la infancia o por su uso cotidiano) son, entre otros, algunos factores con los que nos identificamos con determinado paisaje. Y, por tanto, cualquier cambio en cualquiera de esas relaciones, implica un cambio en el paisaje, aunque no se vea inmediatamente. El Paisaje es más lo que no se ve que lo que creemos que estamos viendo cuando miramos. Durante siglos no hemos visto nada al mirar. Y hemos permitido tantas aberraciones como para no salir del infierno nunca más.

Esta inclinación hacia una concepción cultural del Paisaje no invalida la utilidad de toda la literatura científica respecto del Paisaje. Los trabajos realizados para definir metodologías de caracterización son útiles para aproximarnos al conocimiento del entorno, y de hecho la utilizamos como indicador en nuestro trabajo. Por otra parte, las clasificaciones de los paisajes que aparecen en atlas y guías son interesantes para resumir el aspecto geográfico con que se nos presenta la naturaleza. Pero nunca dejan de estar referidos a las valoraciones de los diferentes elementos naturales que los componen, siendo mínimos la presencia y el valor de los aspectos sociales y culturales, por lo que pierden casi totalmente su interés a la hora de conocer realmente los sentimientos que ese paisaje despierta en las personas, que es, en definitiva el paisaje cultural, el paisaje verdadero. Podemos resumirlo diciendo que hay dos paisajes: uno, que es de origen científico-natural-ambiental, y otro, que es exclusivamente anímico, íntimo y cultural. El primero sirve, por ejemplo, para identificar e indicar el estado natural de un lugar, taxonomizar, hacer listas, etc. (A modo de bio-eco-geo-indicador, si se quiere) También puede que sirva para decidir algún tipo de gestión. Pero nunca para validar su destrucción (mejor, desaparición, porque los paisajes no se destruyen, desaparecen visualmente mientras duelen en el alma, de donde muchos de ellos nunca podrán desaparecer. Quizá inventando una palabra nueva, resolveríamos el problema.

Por eso, entre otras cosas, para evitar pérdidas irreparables, siempre consideraré que el paisaje es un sentimiento; un estado de ánimo causado por la contemplación de la naturaleza, condicionado por la historia cultural y vital de cada persona, por su entorno físico y afectivo, por sus triunfos y desgracias, y por lo que pueda quedar en lo más profundo de cada mente de lo heredado de todos aquellos que fueron capaces de poner en funcionamiento un cerebro humano a partir de unas pinceladas de la naturaleza. Porque ese, entre otros, es uno de los componentes básicos del paisaje: la pintura de Claude Lorraine, Fragonard, Gainsborough, y tantos otros que fueron capaces de cambiar por completo el paisaje "natural" por el paisaje "sentido". Lagos, pantanos, marismas, cumbres, tormentas, tempestades, etc., pasaron de temibles a sublimes por obra y gracia de aquellos que fueron capaces de reconciliarnos con la naturaleza. (#15) (Ahora las preferencias las marcan los fondos de pantalla de *Windows*) Y lo mismo podría decirse de los amaneceres y de los ocasos vividos en alta mar. **Un lugar en el que, según los expertos, no existe paisaje.** (#16) Pero como sí que existen cambios en el estado de ánimo de las personas, podemos afirmar con rotundidad que sí que existe paisaje. Y si no que se lo pregunten a todas las parejas de enamorados que, gracias a la contemplación de esas escenas, ardieron de pasión en vaya usted a saber qué camarote de algún olvidado paquebote. Y eso que no vieron ni encinas ni plantas autóctonas ni águilas ni lince ni vacas ni piedras, ni variable natural alguna. Porque el Paisaje, sencillamente, no sabe de botánica, ni de fauna, ni de relaciones ecológicas, ni de biodiversidad, ni de autoctonías, ni de aloctonías, ni de nada que tenga que ver



14



15



16

con el conocimiento científico de la naturaleza. Es, sin más, un sentimiento humano, en su más inmensa mismidad. Como dice Simon Schama, el Paisaje es obra del espíritu. Y por todo eso, el estudio y el análisis del paisaje solo es posible hacerlo como si estudiáramos una expresión humana conformada por sus correspondientes códigos culturales. **No se analizan variables naturales, sino sistemas filosóficos, estéticos y morales.**

El esquema (#17) resume el proceso habido hasta la aparición del paisaje. Vemos los diferentes ingredientes primigenios, y el lento proceso de cocción hasta que, al final, se funden para dar lugar al mayor espectáculo del universo humano: la reconciliación con la naturaleza, que no solo pasa de enemiga a amiga, sino que va más allá y se convierte en sublime obra de arte. Alain Roger llama a este proceso la artistificación de la naturaleza. Yo casi prefiero transformar el verso de Horacio para dejarlo en un inventado *Ut pictura, natura*. Primero porque al fin y al cabo ese es el origen del paisaje; y, además, porque en el fondo nos recuerda que aunque estemos hablando de un invento relativamente reciente, hace más de dos mil años ya existían personas humanas con sensibilidad suficiente hacia el entorno natural, como para haber inventado antes lo que ahora sentimos como paisaje. Incluso hace más de tres mil.

Pero hubo que esperar muchos años para oficializar, al menos en el papel y en las letras, la presencia de un humano lo suficientemente loco como para escalar una montaña, sin más intención que descubrir lo que se sentía. (#18) Según cuenta la leyenda fue el 26 de abril de 1.335 cuando el poeta Petrarca subió a la cima del Monte Ventoso. Al bajar, casi lo queman en la hoguera. No estaba muy bien visto eso de disfrutar de las cosas terrenales. Pero fue un buen principio, aunque bastante mitificado en la actualidad.

En realidad la cosa comienza más con la pintura que con la poesía, y, dentro de ella, desde dos orígenes diferentes: por una parte algunos pintores dejan de rellenar el fondo de los cuadros con lo primero que se les ocurre, y comienzan a reflejar lugares “reales” (*), mientras que por otra parte y sin ninguna relación aparente, otros preparan vistas del territorio, más con fines militares y topográficos que artísticos. (#19) El camino de encuentro es curioso: en el caso de los primeros, cada vez la figura es menor y el entorno mayor, mientras que los segundos van acercándose a la gente, introduciendo escenas cotidianas en lugares cotidianos. Antes subrayaba lo de “real”, porque los pintores, tanto los topográfico-realistas, como los retratistas con amplios fondos naturales, nunca reflejaban realmente lo que “existía ahí fuera”, sino que siempre pasaba, aunque no quisieran, por el tamiz de la visión personal del pintor. Y si vamos poco a poco alejándonos cada vez más de la realidad exterior, y profundizando cada vez más en lo que ve el pintor, y solo él, llegamos a lo que hoy conocemos como pintura del paisaje, que es de todo menos pintura de lo que realmente está “ahí fuera”. Y como la gente solía ver los paisajes antes en los cuadros que en la realidad, cuando volvía de una excursión por los lugares que, curiosamente, luego se llamarían pintorescos, pedían, por una parte, que les transformaran su paisaje inmediato para que se pareciera al de los cuadros que habían visto, y, por otra, que fueran declarados pintorescos los lugares que más se parecían a sus cuadros preferidos. Todo ello con muchos años y matices de por medio.

¿Cuál era el siguiente paso? Pues mirar por mirar. Mirar e intentar ver de la misma manera que veían los que pintaban, pero grabándolo en el alma porque, evidentemente, no todos tenemos la habilidad de transformar esos sentimientos en una tela digna de ser vista por los demás. (Algunos sí que tienen la desfachatez de intentarlo e, incluso, de querer convencernos de que disponen de la habilidad en cuestión. Pues si eso lo que les refleja el alma, que venga Dios y los ayude)

Durante casi dos siglos la pintura del paisaje fue evolucionando hacia escenas cada vez más subjetivas, más íntimas. El cuadro reflejaba cada vez más la visión personal del pintor y cada vez menos la imagen exterior. Algunos, incluso, llegaron a cerrar la parte inferior de las ventanas del estudio para evitar que la visión del exterior no perturbara su visión interior. En el fondo se iban acercando cada vez más a la pintura oriental del paisaje, en la que jamás lo representado se puede encontrar en la naturaleza. Sin duda, el maestro de la pintura del mundo interior fue Friedrich. (#20) Hoy en día sus cuadros son archiconocidos e, incluso, alguno de ellos han sido imagen publicitaria de un perfume de lujo. Pero en su tiempo, como suele suceder, no fue tomado muy en serio. Como ya hemos dicho, el proceso fue largo y paralelo a la evolución de la sociedad europea. Y fue fundamental y necesaria la aparición del mudo



17



18



19



20



21

romántico para su culminación, con toda la locura de lo sublime y de las emociones fuertes, como las que buscaba Turner atado a lo más alto del mástil de un navío en plena tormenta, par luego poder pintar algunas de sus obras maestras. Y, como puede suponerse, ante la atónita mirada de los marineros, a quienes no hace falta preguntarles para saber lo que opinaban de él.

Ese mar que tan importante fue para aquellos locos románticos y que, gracias a ellos, se convirtió en un auténtico icono de los sentimientos, con sus ocasos, amaneceres, tempestades y naufragios (#21), ese mar que sin ninguna duda es el elemento natural que más alteraciones de la serotonina a causado a la humanidad, es, según los gurús que estudian y canonizan el paisaje, un lugar sin paisaje. "En el mar no hay paisaje" repiten en sus manuales. Razón por la que llegué a eliminar por completo a la naturaleza del paisaje. Para evitar interferencias.

Como todo lo que pertenece al mundo de la cultura, el Paisaje se aprende. (#22) Y como todo lo que se aprende, la manera de vivir el paisaje es diferente en cada sociedad y en cada época. Hay quien declara día de fiesta nacional la floración de los cerezos, mientras hay otros que arrasan los cerezos para no tener que barrer los pétalos del suelo. Hay quien acompaña a sus padres desde muy pequeño en sus excursiones escénicas y hay quien acompaña a sus padres desde pequeño a dejar las bolsas de basura por

la montaña. Hay quien enseña a mirar y disfrutar de las emociones del paisaje a sus hijos y hay quien blasfema delante de ellos cuando le llega una multa, si es que le llega, por arrojar escombros en una cuneta. Por eso hay quien defiende que las sociedades se dividen en paisajistas y en no paisajistas. Según en la que nazcas lo serás o no. Y si naces en la que no lo es, te toca aprenderlo y, lo más difícil, enfrentarte luego a los que clasifican oficialmente el paisaje de la huerta o de los viñedos como paisaje de baja calidad. Y a los que han aprendido muy bien que cuando un lugar pertenece a la clasificación de baja calidad, es porque se puede barrer del mapa su paisaje con cualquier construcción, ya sea residencial, industrial o de comunicación. Sin embargo, es un placer enseñarlo, porque una vez aprendido ya no se olvida. (#23)

Termino con la discusión sobre lo que es y no es paisaje, con lo que la naturaleza participa o no en el paisaje, volviendo al mar, porque es el mejor ejemplo de paisaje, como emoción, sentimiento y cambio de ánimo causado por la naturaleza, y que desde la perspectiva del paisaje natural, no tiene paisaje. Podemos ver como cambia su capacidad de emocionar y de hacer sentir, recordar, soñar, amar o discutir, en función de su luz (#24), su movimiento (#25) o, sencillamente, su potencial para inducir reacciones anímicas. En buena medida, todas esas reacciones dependen de la vida de cada persona, y de lo que haya aprendido o le hayan enseñado, ya sea de manera voluntaria o no. De las visitas al museo o de las películas que haya podido ver a lo largo de su vida. Al final, el sol y el mar se convierten en indiscutibles protagonistas de infini-



22



23



24

25



26

27



28

29



30

31



tas historias de amor (#26). En poesía (#27). *Ut poesis, natura*. Espero que nadie se escandalice por el uso que hago del latín. Pido disculpas por ello.

Además, como el paisaje tiene ese origen "artístico", participa de su misma capacidad para evolucionar y para cambiar criterios de valoración sentimental. Por ejemplo, estas dos imágenes (#28), de un mismo lugar pero vistas con dos siglos de diferencia, son un buen ejemplo de como al cambiar la manera de pintar los sentimientos, también cambian nuestros criterios de entendimiento del paisaje (# 29). Y ahora disponemos también del apoyo artístico de la fotografía, la televisión y el cine. Si bombardeamos a las personas con bellas composiciones en las que el protagonista es el paisaje del viñedo, su supuesto valor paisajístico puede que siga siendo oficialmente bajo, pero su valor sentimental subiría como la espuma. (#30) (#31)

Algo similar está ocurriendo con las huertas históricas, sobre todo las más próximas a las grandes ciudades y que han sido prácticamente devoradas por ellas, sin que hasta la fecha parezca que le haya importado mucho a nadie (#32). Mucho a llovido desde que se oyeran las primeras voces en defensa de algo que parecía más una molestia que una conveniencia para el crecimiento de la ciudad, como el seminario que sobre este tema organizó Pedro Salvador Palomo en Valencia, allá por el año 1994, sino recuerdo mal, y de resultado tan frustrante. Ahora, después de tanto tiempo, se publica por fin un Plan de Acción, que, aunque debería parecer esperado y aplaudido por todos, o al menos,

por casi todos, ha tenido que superar trabas muy lamentables, precisamente de quienes más orgullosos y entusiasmados tenían que estar por la posibilidad de salvaguardar lo que les queda de un patrimonio cultural tan importante. Y precisamente es por el concepto de Paisaje que tenemos, por lo que ha sido tan compleja su aprobación (#33). Porque se ve como un recurso ambiental, que en un área periurbana, donde la gente busca residencia y no paisaje (para eso ya están los Pirineos) parece no

merecer tanta preocupación e interés. Sin embargo, como patrimonio cultural, como sumidero de millones de recuerdos, de vivencias y de sentimientos, las huertas milenarias son uno de nuestros patrimonios más importantes. Creo que el Paisaje debería estar incluido en el patrimonio inmaterial, y no en el ambiental (#34) (#35). La frase más oída durante la presentación oficial del Plan citado sobre la huerta de Valencia procedía de algunos alcaldes: "a mi ya no me joden; menos mal que ya tengo aprobado el nuevo plan general"

3. El Camino a alguna parte

Si recorremos el camino que nos ha llevado a esta situación, quizá encontremos el punto donde nos equivocamos, y podamos recuperar la dirección correcta que nos lleve a una visión y concepción del paisaje que sea mejor para su conservación, gestión, evolución y disfrute.

Posibles razones (# 36):

- No estábamos donde había que estar en el momento que había que estar. Dónde estuviéramos, y por qué, es otra cuestión.
- Cuando empezamos a estar, evidentemente, las condiciones eran completamente distintas a las que había cuando deberíamos haber estado.
- La naturaleza parecía más sublime por los increíbles sistemas de ecuaciones de variable compleja de Richard Levins, que por el pensamiento romántico, muy denostado entonces, y aún ahora, por ser cosa de lilas y blancos.
- Las cátedras de Ecología se impusieron a las de Estética
- Valorar paisajes desde la perspectiva ambientalista y purista de la época era mucho más conveniente para no frenar el desarrollo de infraestructuras y urbanizaciones pues, por una parte, nunca nadie pensaría construir un aeropuerto en el valle de Ordesa y, por otra, difícilmente íbamos a encontrarnos bosques relictos intactos al lado de Benidorm. (Y si en algún caso se encontraba algo remotamente parecido, se le pegaba fuego, y asunto resuelto)
- Somos tan catetos que si alguien nos define una cosa "científicamente" la aceptamos rápidamente para no desenmascarar nuestra



32



33



34



35



36

ignorancia.

Y así, para desgracia de nuestro Paisaje, las influencias de la ecología americana del paisaje, que no es ecología del paisaje sino del territorio (# 37), se impuso a la filosofía cultural europea del paisaje (# 38), sin tener en cuenta que ni la escala, ni la historia, ni la sociedad, ni las necesidades respecto al territorio, tienen que ver mucho a un lado y al otro del océano atlántico. Seguimos sufriendo las consecuencias, porque seguimos insistiendo en continuar por el camino equivocado, valorando paisajes en lugar de considerar todo paisaje como lo que es, y con el mismo valor, si es que podemos usar esa palabra sin alterar el resultado. Por ejemplo, donde ahora nos encontramos, nos dan un valor bajo (# 39) porque es agrícola y muy habitado. Precisamente donde más paisaje hay, porque es donde más historia, tradición y vida hay, es donde menos vale el paisaje (# 40). Veamos otro ejemplo de cómo, en nuestros días, seguimos teniendo que trabajar al dictado de premisas tan erróneas. Para redactar los mapas de paisaje de Aragón, si es que queremos hacerlos y si es que queda alguna posibilidad de hacerlo, tenemos que guiarnos por el pliego del contrato, que ya nos deja muy claro desde un principio, que nos tenemos que olvidar de cuestiones estéticas y subjetividades (# 41). Aunque, curiosamente, comiencen invocando al Convenio Europeo de Paisaje, que dice todo lo contrario (Bueno, según se quiera entender)

No es una manía persecutoria ni una manía personal. Por una parte, sigo convencido de que lo que definiendo es lo mejor para la salvaguarda del paisaje (entendido como nuestra mejor garantía de agradecimiento hacia quienes nos precedieron y de regalo hacia quienes nos sigan) y, por otra parte, porque lo dice gente que sabe de esto mucho más que yo:

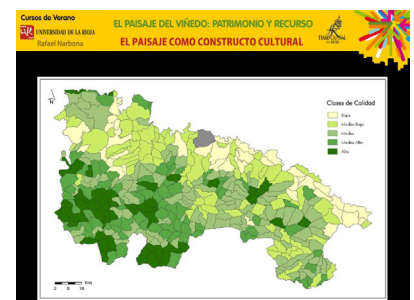
Carys Swanwick, durante muchos años directora de Land Use Consultants y desde hace diez años directora del Departamento de Arquitectura del Paisaje de la Universidad inglesa de Sheffield, nos lo recuerda al describir la evolución del interés por el paisaje en un país del que se pueden criticar muchas cosas, pero entre las que, evidentemente, no se encuentra su política de paisaje: *Dada la importancia del paisaje en nuestra sociedad, no sorprendió la necesidad de incorporar las consideraciones respecto al paisaje en la toma de decisiones ambientales. Y, evidentemente, creció en importancia al mismo tiempo que crecía el interés por la sostenibilidad. Durante muchos años, y especialmente durante los años setenta, el énfasis principal estaba en la idea de valorar el paisaje, en la dirección de cómo considerar un paisaje más valioso que otro. La búsqueda de consenso acerca de cómo aproximarse así al paisaje no tuvo éxito. Las discusiones sobre la mayor o menor importancia de lo objetivo o lo subjetivo para valorar un paisaje era casi más una moda del momento que una utilidad real, hasta que todo ello cayó en un grado tal de desilusión que casi se abandonó por completo. Y fue así porque muchos pensaron que era inapropiado reducir algo tan complejo, tan emocional y tan inmerso en nuestra cultura, como es el paisaje, a una serie de valores numéricos y fórmulas estadísticas. Como resultado emergió una especie de gran vacío. Aquellos que trabajaban en planeamiento rechazaban las valoraciones de los aspectos visuales y de percepción del paisaje, mientras que fue usándose y evolucionando en otros campos más específicos, donde era más sencilla su aplicación, como la silvicultura, agricultura y gestión de los espacios naturales. Años más tarde, cuando se quiso realizar la primera evaluación nacional del paisaje y de las "áreas de especial interés paisajístico" quedó claro que no existía una aproximación sistemática ampliamente aceptada para evaluar diferentes paisajes. Como resultado de aquel trabajo surgió en los años ochenta la Evaluación del Paisaje como una herramienta diferente a aquellas utilizadas para valorar el paisaje. Estaba claro que era más importante disponer de herramientas que permitieran conocer lo que hacía a un paisaje diferente de otro, que disponer de herramientas que pretendían decidir que paisaje valía más que otro. A partir de estas iniciativas, durante los últimos años ochenta y comienzo de los noventa se fue incrementando la experiencia en el uso de estas herramientas. Y así, después de diferentes estudios en diferentes áreas de Gales, Escocia e Inglaterra, en 1987 más del ochenta por ciento de los condados tenían realizado y publicado sus evaluaciones y guías del paisaje local. A partir de*



37



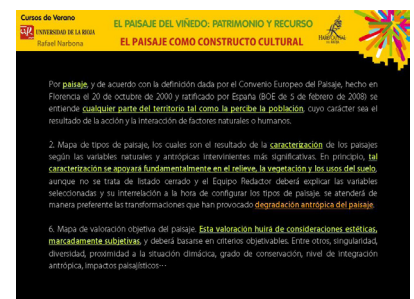
38



39



40



41



42

1993 se fue viendo que cada vez que se realizaba una evaluación del paisaje cobraba más importancia el carácter como concepto central de la evaluación del paisaje. Como resultado se redactó una nueva herramienta, la Guía para la Caracterización del Paisaje, con la finalidad de homogeneizar las evaluaciones y caracterizaciones que se estaban realizando, y que ya cubren la totalidad del territorio de Gales, Escocia e Inglaterra. Por supuesto esta Guía es el resultado de todo un largo proceso de aplicación de las estrategias anteriores de valoración y de evaluación del paisaje. (# 42) (# 43) (# 44)

Y mientras tanto, hasta que seamos capaces de asumir nuestro error, y empezar a ver sin que los árboles, por muy autóctonos que sean, nos impidan ver lo que hay que ver (# 45), ¿qué podemos hacer? (# 46) : Intervenir, caracterizar e integrar. Pero aplicando correctamente estos conceptos. No haciendo por hacer, con tal de asegurar intervenciones sin carácter ni capacidad de integración. (# 47) Antes de empezar a llenar lo no construido, lo no diseñado, los detrajes y los no-lugares con más artefactos, aunque sean teóricamente paisajísticos, hay que diagnosticar: a los sanos, vida sana, pero a los enfermos todo lo necesario. Luego, a lo mejor, para curar alguna herida, puede que sea necesario algo de sutura, compresas frías y una venda. Pero con cuidado, porque muchas veces al quitar el vendaje nos encontramos con una herida aún mayor y con peor cura. (# 48) (# 49)

Y también sería bueno cambiar el concepto que tenemos de la integración paisajística, reducida casi siempre al maquillaje barato, ese que muchas veces nos destroza la piel y nos obliga a visitar al dermatólogo (# 50). Integrar es completar, y siempre se debe plantear desde el inicio. Podríamos decir que, quizá de manera un poco exagerada, todo es integrable. Al fin y al cabo, que una cosa esté integrada en el paisaje, considerando el paisaje como lo hemos defendido, significa su armonía con el lugar, que parezca que siempre ha estado ahí, y que cuando lo vea quien se sienta vinculado ha ese paisaje, sus sentimientos y su estado de ánimo sigan siendo los mismos. Para los demás es solo una cuestión de tiempo. Como decía el filósofo, la comedia es tragedia más tiempo.

Valencia, Haro, Valencia. Julio de 2010



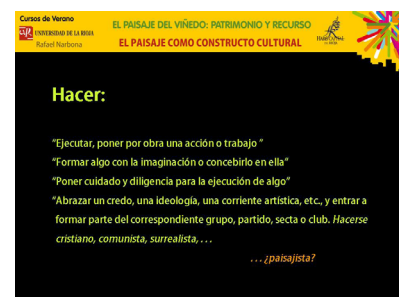
43



44



45



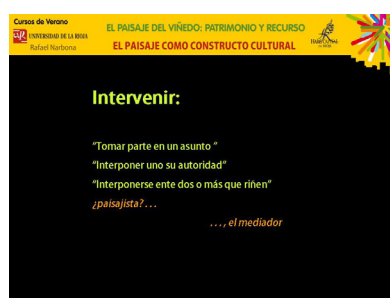
46



47



48



49



50